EL POBRECITO HABLADOR.

REVISTA SATÍRICA DE COSTUMBRES, &c. &c.

POR EL BACHILLER

DON JUAN PEREZ DE MUNGUÍA.

N.° 12.

EL MUNDO TODO ES MÁSCARAS; TODO EL AÑO ES CARNAVAL.

Artículo del Bachiller.

BIBLIOTECA NACIONAL

MADRID.
IMPRENTA DE REPULLÉS.
Marzo de 1833.

Se hallará con los números anteriores en la libreria de Escamilla, *calle de Carretas.*

¿ Qué gente hay allá arriba, que anda tal estrépito? ¿Son locos?

Morat. Comed. Nuev.

No hace muchas noches que me hallaba encerrado en mi cuarto, y entregado á profundas meditaciones filosóficas, nacidas de la dificultad de escribir diariamente para el público. ¿Cómo contentar á los necios y á los discretos, á los cuerdos y á los locos, á los ignorantes y los entendidos que han de leerme, y sobre todo á los dichosos y á los desgraciados que con tan distintos ojos suelen ver una misma cosa?

. . . . . .

Animado con esta reflexion, cojí la pluma y ya iba á escribir nada menos que un elogio de todo lo que veo á mi alrededor, el cual pensaba rematar con cierto discurso encomiástico acerca de lo adelantado que está el arte de la declamacion en el pais, para contentar á todo el que se me pusiera por delante, que es-

to es lo que conviene en estos tiempos tan valentones que corren; pero tropecé con el inconveniente de que los hombres sensatos habian de sospechar que el dicho elogio era burla, y esta reflexion era mas pesada que la anterior.

Al llegar aqui arrojé la pluma, despechado y decidido á consultar todavia con la almohada si en los términos de lo lícito me quedaba algo que hablar, para lo cual determiné verme con un amigo, abogado *por mas señas*, lo que basta para que se infiera si debe de ser hombre entendido, y que éste, registrando su *Novísima* y *sus Partidas*, me dijese para de aqui en adelante qué es lo que me está prohibido, pues en verdad que es mi mayor deseo ir con la corriente de las cosas sin andarme á buscar *cotujas en el golfo*, ni el mal fuera de mi casa, cuando dentro de ella tengo el bien.

En esto estaba ya para dormirme, á lo cual habia contribuido no poco el esfuerzo que habia hecho para componer mi elogio de modo que tuviera trazas de cosa formal; pero Dios no lo quiso asi, ó á lo que yo tengo por mas cierto, un amigo que me alborotó la casa, y que

se introdujo en mi cuarto dando voces en los términos siguientes, ú otros semejantes.

¡*Vamos á las máscaras*! Bachiller, me gritó. — ¿A las máscaras? — No hay remedio; tengo un coche á la puerta; ¡á las máscaras! Iremos á algunas casas particulares, y concluirémos la noche en uno de los grandes bailes de suscricion. — Que te diviertas: yo me voy á acostar.— ¡Qué despropósito! No lo imagines: precisamente te traigo un dominó negro y una careta. — ¡A Dios! Hasta mañana.— ¿A dónde vas? Mira, mi querido Munguía, tengo interés en que vengas conmigo; sin tí no voy, y perderé la mejor ocasion del mundo.... — ¿De veras? — Te lo juro. — En ese caso, vamos. ¡Paciencia! Te acompañaré. — De mala gana entré dentro de un ámplio ropaje, bajé la escalera, y me dejé arrastar al compás de las esclamaciones de mi amigo, que no cesaba de gritarme: ¡*cómo nos vamos á divertir*! ¡*Qué noche tan deliciosa hemos de pasar*!

Era el coche alquilon; á ratos parecia que andabamos tanto atrás como adelante, á modo de quien pisa nieve; á ra-

tos que estabamos columpiándonos en un mismo sitio; llegó por fin á ser tan completa la ilusion, que temeroso yo de alguna pesada burla de Carnaval, parecida al viaje de don Quijote y Sancho en el clavileño, abrí la ventanilla mas de una vez, deseoso de investigar si despues de media hora de viaje estariamos todavia á la puerta de mi casa, ó si habriamos pasado ya la línea, como en la aventura de la barca del Ebro.

Ello parecerá increible, pero llegamos, quedándome yo sin embargo en la duda de si habria andado el coche hácia la casa, ó la casa hácia el coche; subimos la escalera, verdadera imágen de la primera confusion de los elementos: un Edipo sacando el relox y viendo la hora que era; una Vestal, atándose una liga elástica, y dejando á su criado los chanclos y el capote escocés para la salida; un Romano coetáneo de Caton dando órdenes á su cochero para encontrar su landó dos horas despues; un Indio no conquistado todavia por Colon con su papeleta impresa en la mano y bajando de un birlocho; un Oscar acabando de fumar un cigarrillo de papel para entrar

en el baile; un Moro santiguándose asombrado al ver el gentío; cien dominós, en fin, subiendo todos los escalones sin que se sospechara que hubiese dentro quien los moviese, y tapándose todos las caras, sin saber los mas para qué, y muchos sin ser conocidos de nadie.

Despues de un modesto reconocimiento del billete, y del sello y la rúbrica y la contraseña, entramos en una salita que no tenia mas defecto que estar las paredes demasiado cerca unas de otras; pero ello es mas preciso tener máscaras que sala donde colocarlas. Algun ciego alquilado para toda la noche, como la araña y la alfombra, y para descansarle un *piano, tan piano* que nadie lo consiguió oir jamás, eran la música del baile, donde nadie bailó. Poníanse, sí, de vez en cuando á modo de parejas la mitad de los concurrentes, y dábanse con la mayor intension de ánimo sendos encontrones á derecha é izquierda, y aquello era el bailar, si se nos permite esta espresion.

Mi amigo no encontró lo que buscaba, y segun yo llegué á presumir, consistió en que no buscaba nada, que es precisamente lo mismo que á otros mu-

chos les acontece. Algunas madres, sí, buscaban á sus hijas, y algunos maridos á sus mugeres; pero ni una sola hija buscaba á su madre, ni una sola muger á su marido. *Acaso, decian, se habrian quedado dormidas entre la confusion, en alguna otra pieza... Es posible*, decia yo para mí, *pero no es probable.*

Una máscara vino disparada hácia mí. — ¿Eres tú? me preguntó misteriosamente. — Yo soy, le respondí, seguro de no mentir. — Conocí el dominó; pero esta noche es imposible; Paquita está ahí; mas el marido se ha empeñado en venir; no sabemos por dónde diantres ha encontrado billetes. — ¡Lástima grande! — ¡Mira tú que ocasion! Te hemos visto, y no atreviéndose á hablarte ella misma, me envia para decirte que mañana sin falta os vereis en la *Sarten*... Dominó encarnado y lazos blancos... — Bien. — ¿Estás? — No faltaré.

¿Y tu muger, hombre? — le decia á un ente rarísimo que se habia vestido todo de cuernecitos de abundancia, un dominó negro que llevaba otro igual del brazo. — Durmiendo estará ahora; por mas que he hecho no he podido decidirla

á que venga; no hay otra mas enemiga de diversiones. — Asi descansas tú en su virtud; ¿piensas estar aqui toda la noche? — No; hasta las cuatro. — Haces bien. En esto se habia alejado el de los cuernecillos, y entreoí estas palabras. — Nada ha sospechado. — ¿Cómo era posible? Si salí una hora despues que él... — ¿A las cuatro ha dicho? — Sí. — Tenemos tiempo. ¿Estás segura de la criada? — No hay cuidado alguno, porque::: Una oleada cortó el hilo de mi curiosidad; las demas palabras del diálogo se confundieron con las repetidas voces de *¿me conoces? Te conozco* &c. &c.

¿Pues no parecia estrella mia haber traido esta noche un dominó igual al de todos los amantes, mas feliz por cierto que Quevedo, que se parecia de noche á cuantos esperaban para pegarlos? — ¡Chis! ¡Chis! Por fin te encontré, me dijo otra máscara esbelta asiéndome del brazo, y con su voz tierna y agitada por la esperanza satisfecha. ¿Hace mucho que me buscabas? — No por cierto, porque no esperaba encontrarte. — ¡Ay! ¡Cuánto me has hecho pasar desde antes de anoche! No he visto hombre mas torpe; yo tuve

que componerlo todo; y la fortuna fue haber convenido antes en no darnos nuestros nombres, ni aun por escrito. Sino... — ¿Pues qué hubo? — ¿Qué habia de haber? El que venia conmigo era Cárlos mismo. — ¿Qué dices? — Al ver que me alargabas el papel, tuve que hacerme la desentendida y dejarlo caer, pero él le vió y le cojió. ¡Qué angustias! — ¿Y cómo saliste del paso? — Al momento me ocurrió una idea. ¿Qué papel es ese? le dije. Vamos á verle; será de algun enamorado; se lo arrebato, veo que empieza *querida Anita*; cuando no ví mi nombre respiré; empecé á echarlo á broma. — ¿Quién será el desesperado? le decia riéndome á carcajada. Veamos; y él mismo leyó el billete, donde me decias que esta noche nos veriamos aqui si podia venir sola. Si vieras cómo se reía. — ¡Cierto que fue gracioso! — Sí; pero por Dios, *don Juan, de estas, pocas.* — Acompañé largo rato á mi amante desconocida, siguiendo la broma lo mejor que pude... el lector comprenderá fácilmente que bendije las máscaras, y sobre todo el talisman de mi impagable dominó.

Salimos por fin de aquella casa, y no

pude menos de soltar la carcajada al oir á un máscara que á mi lado bajaba. — ¡Pésia á mí! le decia á otro; no ha venido; toda la noche he seguido á otra creyendo que era ella, hasta que se ha quitado la careta. ¡La vieja mas fea de Madrid! No ha venido; en mi vida pasé rato mas amargo. ¿Quién sabe si el papel de la otra noche lo habrá echado todo á perder? Si don Cárlos lo cojió... — Hombre, no tengas cuidado. — ¡Paciencia! Mañana será otro dia. Yo con ese temor me he guardado muy bien de traer el dominó cuyas señas le daba en la carta. — Hiciste bien. — Perfectísimamente, repetí yo para mí, y salíme riendo de los azares de la vida.

Bajamos atropellando un rimero de criados y capas tendidos aqui y alli por la escalera. La noche no dejó de tener tampoco algun contratiempo para mí. Yo me habia llevado la querida de otro; en justa compensacion otro se habia llevado mi capa, que debia parecerse á la suya, como se parecia mi dominó al del desventurado querido. Ya estás vengado, esclamé, ó burlado mancebo. Felizmente yo al entregarla en la puerta habia tenido la prevision de despedirme de ella tier-

namente para toda mi vida. ¡O prevision oportuna! Ciertamente que no nos volveremos á encontrar mi capa y yo en este mundo perecedero; habia salido ya de la casa, habia andado largo trecho, y aun volvia la cabeza de rato en rato hácia sus altas paredes, como Hector al dejar á su Andrómaca, diciendo para mí: *alli quedó, alli la dejé, alli la ví por la última vez.*

Otras casas recorrimos, en todas el mismo cuadro; en ninguna nos admiró encontrar intrigas amorosas, madres burladas, chasqueados esposos ó solícitos amantes; no soy de aquellos que echan de menos la accion en una buena cantatriz, ó alaban la voz de un mal comediante, y por tanto no voy á buscar virtudes á las máscaras. Pero nunca llegué á comprender el afan que por asistir al baile habia manifestado tantos dias seguidos don Cleto, que hizo toda la noche de una silla cama y del estruendo arrullo; no entiendo todavia á don Jorge cuando dice que estuvo en la funcion, habiéndole visto desde que entró hasta que salió en derredor de una mesa en un verdadero *ecarté*. Toda la diferencia estaba en él con respecto á las demas noches en ga-

nar ó perder, vestido de moharracho. Ni me sé esplicar de una manera satisfactoria la razon en que se fundan para creer ellos mismos que se divierten un enjambre de máscaras que ví buscando siempre, y no encontrando jamas, sin hallar á quien embromar, ni quien los embrome, que no bailan, que no hablan, que vagan errantes de sala en sala, como si de todas les echaran, imitando el vuelo de la mosca, que parece no tener nunca objeto determinado. ¿Es por ventura un apetito desordenado de hallarse donde se hallan todos, hijo de la pueril vanidad del hombre? ¿Es por aturdirse á sí mismos y creerse felices por espacio de una noche entera? ¿Es por dar á entender que tambien tienen un interés y una intriga? Algo nos inclinamos á creer lo último cuando observamos que los mas de estos os dicen si los habeis conocido. —¡*Chiton*! ¡*Por Dios*! *No digais nada á nadie*. —Seguidlos, y os convencereis de que no tienen motivos ni para descubrirse ni para taparse. Andan, sudan, gastan, salen quebrantados del baile:::: nunca empero se les olvida salir los últimos, y decir al despedirse: ¿*Mañana es el baile en Solís*? —

Pues hasta mañana. — ¿Pasado mañana es en San Bernardino? ¡Diez onzas diera por un billete!

Ya que sin respeto á mis lectores me he metido en estas reflexiones filosóficas, no dejaré pasar en silencio antes de concluirlas la mas principal que me ocurria. ¿Qué mejor careta ha menester don Braulio que su hipocresía? Pasa en el mundo por un santo, oye misa todos los dias, y reza sus devociones; á merced de esta máscara que tiene constantemente adoptada, mirad cómo engaña, cómo intriga, cómo murmura, cómo roba:::: ¡Qué empeño de no parecer Julianita lo que es! ¿Para eso solo se pone un rostro de carton sobre el suyo? ¿Teme que sus facciones delaten su alma? Viva tranquila; tampoco ha menester careta. ¿Veis su cara angelical? ¡Qué suavidad! ¡Qué atractivo! ¡Cuán fácil trato debe de tener! No puede abrigar vicio alguno. — Miradla por dentro, observadores de superficies: no hay dia que no engañe á un nuevo pretendiente; veleidosa, infiel, perjura, desvanecida, envidiosa, áspera con los suyos, insufrible y altanera con su esposo: esa es la hermosura perfecta, cuya cara

os engaña mas que su careta. ¿Veis aquel hombre tan amable y tan cortés, tan comedido con las damas en sociedad? ¡Qué deferencia! ¡Qué prevision! ¡Cuán sumiso debe ser! No le escojas solo por eso para esposo, encantadora Amelia; es un tirano grosero de la que le entrega su corazon. Su cara es tambien mas pérfida que su careta; por esta no estás espuesta á equivocarte, porque nada juzgas por ella; pero la otra::!! imperfecta discípula de Lavater, crees que debe ser tu clave, y solo suele ser un pérfido guia que te entrega á tu enemigo.

Bien presumirá el lector que al hacer estas metafísicas indagaciones algun pesar muy grande debia afligirme, pues nunca está el hombre mas filósofo que en sus malos ratos; el que no tiene fortuna se encasqueta su filosofia, como un falto de pelo su *bisoñé*; la filosofia es efectivamente para el desdichado lo que la peluca para el calvo; de ambas maneras se les figura á entrambos que ocultan á los ojos de los demas la inmensa laguna que dejó en ellos por llenar la naturaleza madrastra.

Asi era; un pesar me afligia. Ha-

biamos entrado ya en uno de los principales bailes de esta Corte; el contínuo transpirar, el estar en pie la noche entera, la hora avanzada y el mucho cabilar habian debilitado mis fuerzas en tales términos que el hambre era á la sazon mi maestro de filosofia. Así de mi amigo, y de comun acuerdo nos decidimos á cenar lo mas espléndidamente posible. ¡Funesto error! Asi se refugiaban máscaras á aquel estrecho local, y se apiñaban y empujaban unas á otras como si fuera de la puerta las esperase el mas inminente peligro. Iban y venian los mozos aprovechando claros y describiendo sinuosidades, como el arroyo que va buscando para correr entre las breñas las rendijas y agujeros de las piedras. Era tarde ya; apenas habia un plato de que disponer; pedimos sin embargo de lo que habia, y nos trajeron varios restos de manjares que alguno que habia cenado antes que nosotros habia tenido la prevision de dejar sobrantes. *Hicimos semblante* de comer, segun decian nuestros antepasados, y como dicen ahora nuestros vecinos, y pagamos como si hubieramos comido. Esta ha sido la primera vez en mi vida,

salí diciendo, que me ha costado dinero un rato de hambre.

Entrámonos de nuevo en el salon de baile, y cansado ya de observar y de oir sandeces, prueba irrefragable de lo reducido que es el número de hombres dotados por el cielo con travesura y talento, toda mi ambicion se limitó á conquistar con los codos y los pies un rincon donde ceder algunos minutos á la fatiga. Alli me recosté, púseme la careta para poder dormir sin escitar la envidia de nadie, y columpiándose mi imaginacion entre mil ideas opuestas, hijas de la confusion de sensaciones encontradas de un baile de máscaras, me dormí, mas no tan tranquilamente como lo hubiera yo deseado.

Los fisiólogos saben mejor que nadie, segun dicen, que el sueño y el ayuno, prolongado sobre todo, predisponen la imaginacion débil y acalorada del hombre á las visiones nocturnas y aéreas que vienen á tomar en nuestra irritable fantasía formas corpóreas cuando estan nuestros párpados aletargados por Morfeo. Mas de cuatro que han pasado en este bajo suelo por haber visto realmente lo

que realmente no existe, han debido al sueño y al ayuno sus estupendas apariciones. Esto es precisamente lo que á mí me aconteció, porque al fin, segun espresion de Terencio, *homo sum et nihil humani à me alienum puto.* No bien habia cedido al cansancio, cuando imaginé hallarme en una profunda oscuridad; reinaba el silencio en torno mio; poco á poco una luz fosfórica fue abriéndose paso lentamente por entre las tinieblas, y una redoma mágica se me fue acercando misteriosamente por sí sola, como un luminoso metéoro. Saltó un tapon con que venia herméticamente cerrada, un torrente de luz se escapó de su cuello destapado, y todo volvió á quedar en la oscuridad. Entonces sentí una mano fria como el mármol que se encontró con la mia; un sudor yerto me cubrió; sentí el crujir de la ropa de una fantasma bulliciosa que ligeramente se movia á mi lado, y una voz semejante á un leve soplo me dijo con acentos que no tienen entre los hombres signos representativos: *abre los ojos, Bachiller; si te inspiro confianza sígueme*: el aliento me faltó, flaquearon mis rodillas; pero la fantasma

despidió de sí un pequeño resplandor, semejante al que produce un fumador en una escalera tenebrosa aspirando el humo de su cigarro, y á su escasa luz reconocí brevemente á Asmodeo, héroe del *diablo Cojuelo.* — Te conozco, me dijo; no temas: vienes á observar el Carnaval en un baile de máscaras. ¡Necio! ven conmigo; do quiera hallarás máscaras, do quiera Carnaval, sin esperar al segundo mes del año.

Arrebatóme entonces insensible y rápidamente, no sé si sobre algun dragon alado, ó vara mágica, ó cualquier otro vagaje de esta especie. Ello fue que alzarme del sitio que ocupaba y encontrarnos suspendidos en la atmósfera sobre Madrid, como el águila que se columpia en el aire buscando con vista penetrante su temerosa presa, fue obra de un instante. Entonces ví al través de los tejados como pudiera al través del vidrio de un escelente anteojo de larga vista.

Mira, me dijo mi estraño *cicerone.* ¿Qué ves en esa casa? — Un jóven de sesenta años disponiéndose á asistir á una *suaré*; pantorrillas postizas, porque va de calzon; un frac diplomático; todas las

maneras afectadas de un seductor de veinte años; una persuasion sobre todo indestructible de que su figura hace conquistas todavia...

— ¿Y alli? — Una muger de cincuenta años. — Obsérvala; se tiñe los blancos cabellos. — ¿Qué es aquello? — Una caja de dientes; á la izquierda una pastilla de color; á la derecha un *polison*.— ¡Cómo se ciñe el corsé! va á exhalar el último aliento. — Repara su gesticulacion de coqueta. — ¡Ente execrable! ¡Horrible desnudez! — Mas de una ha deslumbrado tus ojos en algun sarao que debieras haber visto en ese estado para ahorrarte algunas locuras.

--¿Quién es aquel mas allá?—Un hombre que pasa entre vosotros los hombres por sensato; todos le consultan: es un célebre abogado; la librería que tiene al lado es el disfraz con que os engaña. Acaba de asegurar á un litigante con sus libros en la mano que su pleito es imperdible; el litigante ha salido; mira cómo cierra los libros en cuanto salió, como tú arrojarás la careta en llegando á tu casa. ¿Ves su sonrisa maligna? Parece decir: venid aqui necios; dadme vuestro oro; yo

os daré papeles, yo os haré frases. Mañana seré juez; seré el intérprete de Témis. ¿No te parece ver al loco de Cervantes, que se creía Neptuno?

Observa mas abajo: un moribundo; ¿oyes cómo se arrepiente de sus pecados? Si vuelve á la vida, tornará á las andadas. A su cabecera tiene á un hombre bien vestido, un baston en una mano, una receta en la otra: *ó la tomas, ó te pego. Aqui tienes la salud*, parece decirle, yo *sano los males*, yo *los conozco*; observa con qué seriedad lo dice; parece que lo cree él mismo; parece perdonarle la vida que se le escapa ya al infeliz. No hay cuidado, sale diciendo; ya sube en su bombé; ¿oyes el chasquido del látigo? — Sí. — Pues oye tambien el último ay del moribundo, que va á la eternidad, mientras que el doctor corre á embromar á otro con su disfraz de sábio.

Ven á ese otro barrio. — ¿Qué es eso? Un duelo. ¿Ves esas caras tan compungidas? — Sí. — Míralas con este anteojo. — ¡Cielos! La alegría rebosa dentro, y cuenta los dias que el decoro le podrá impedir salir al esterior.

Mira una boda: con qué buena fé se

prometen los novios eterna constancia y fidelidad.

. . . . . .

¿Quién es aquél? — Un militar; observa cómo se paga de aquel oro que adorna su casaca. ¡Qué de trapitos de colores se cuelga de los ojales! ¡Qué vano se presenta! *Yo sé ganar batallas*, parece que va diciendo. — ¿Y no es cierto? Ha ganado la de *** - ¡Insensato! Esa no la ganó él, sino que la perdió el enemigo. — Pero::: — No es lo mismo. — ¿Y la otra de? *** La casualidad. — Se está vistiendo de grande uniforme, es decir, disfrazando; con ese disfraz todos le dan V. E.; él y los que asi le ven creen que ya no es un hombre como todos.

. . . . . .

Ya lo ves; en todas partes hay máscaras todo el año; aquel mismo amigo que te quiere hacer creer que lo es, la esposa que dice que te ama, la querida que te repite que te adora, ¿no te estan embromando toda la vida? ¿A qué, pues, esa prisa de buscar billetes? Sal á la calle, y verás las máscaras de valde. Solo te quiero enseñar antes de volverte á llevar donde te he encontrado, concluyó Asmo-

deo, una casa donde dicen especialmente que no las hay este año. Quiero desencantarte. Al decir esto pasábamos por el teatro. Mira alli, me dijo, á un autor de comedia. Dice que es un gran poeta. Está muy persuadido de que ha escrito los sentimientos de Orestes, y de Neron, y de Otelo... ¡Infeliz! ¿Pero qué mucho? Un inmenso concurso se lo crée tambien. ¡Ya se ve! ni unos ni otros han conocido á aquellos señores. Repara, y ríete á tu salvo. ¿Ves aquellos grandes palos pintados, aquellos lienzos corredizos? Dicen que aquello es el campo, y casas, y habitaciones, ¡y qué mas se yó! ¿Ves aquel que sale ahora? Aquel dice que es el grande sacerdote de los griegos, y aquel otro Edipo; ¿los conoces tú? — Sí; por mas señas que esta mañana los ví en misa. — Pues míralos; ahora se desnudan, y el gran sacerdote, y Edipo, y Jocasta, y el pueblo Tebano entero se van á cenar sin mas acompañamiento, y dejándose á su patria entre bastidores, algun carnero verde, ó si quieres un escelente beefteck hecho en casa de Genyeis. ¿Quiéres oir á Semíramis? — ¿Estás loco, Asmodeo? ¿A Semíramis? — Sí; mírala; es una escelen-

te conocedora de la música de Rossini. ¿Oiste qué bien cantó aquel adagio? Pues es la viuda de Nino; ya espira; á imitacion del cisne, canta y muere.

Al llegar aqui estábamos ya en el baile de máscaras; sentí un golpe ligero en una de mis mejillas. ¡Asmodeo! grité. Profunda oscuridad; silencio de nuevo en torno mio. — Asmodeo, quise gritar de nuevo; dispiértame empero el esfuerzo. Llena aun mi fantasía de mi nocturno viaje, abro los ojos, y todos los trages apiñados, todos los paises me rodean en breve espacio: un chino, un marinero, un abate, un indio, un ruso, un griego, un romano, un escocés::: ¡Cielos! ¿Qué es esto? ¿Ha sonado ya la trompeta final? ¿Se han congregado ya los hombres de todas las épocas y de todas las zonas de la tierra á la voz del Omnipotente en el valle de Josafát?.. Poco á poco vuelvo en mí, y asustando á un turco y una monja entre quienes estoy, esclamo con toda la filosofia de un hombre que no ha cenado, é imitando las espresiones de Asmodeo, que aun suenan en mis oidos: "*El mundo todo es Máscaras: todo el año es Carnaval.*"